

# El Eco de Cartagena.

AÑO XXIX.—NUM. 8407

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONOS NÚMS. 4 Y 58

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorente, rue Cuvier, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

**LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.**

**Viernes 15 de Noviembre 1889**

## EL INVIERNO

Ya del jardín las aromosas flores  
En su tallo gentil se marchitaron  
Ya triste se alejaron  
De la selva los pájaros cantores.

Huyó el verano. Del invierno crudo  
Hay que sufrir el frío y los rigores  
Con algún estornudo  
Preliudio de catarro..... y otras cosas  
Propias del tiempo y siempre fastidiosas.

Según dice D. Crispulo, mi tío,  
Es muy bueno abrigarse, si hace frío  
Cuidando de no hacer un disparate,  
Mas sería de fijo, una imprudencia  
No tomar en invierno chocolate  
De la fábrica *El Barco de Valencia*.

Que se venden en latas iluminadas de 6  
paquetes una, desde el precio de 5 reales en  
adelante, en todos los ultramarinos de la  
provincia de Murcia por el Gobernador Ge-  
neral del ojo ausente.

**Recomendamos.—Quinina dulce  
Baeza.—(Véase anuncio 3.ª plana.)**



## ORIGEN DE LOS ESTADOS PONTIFICIOS

Cuando los Lombardos invadieron la Italia, salió Pepino rey de Francia con su ejército, y obligó á Astolfo á hacer la paz; pero luego que se retiraron los franceses falló Astolfo al tratado, y el Papa Esteban II impidió de nuevo á Pepino escribiéndole una carta en la que le exponía los atropellos de que era objeto la iglesia por parte de dichos lombardos, y luego que la recibió partió á Italia y precisó á Pepino á Astolfo á la paz haciéndole devolver todas las plazas en número de 22; las que dió en propiedad á San Pedro y á sus sucesores. Aquí fue donde empezó el señorío temporal de la Iglesia Romana.

Después Carlo Magno fue á Roma y confirmó la donación de Pepino. Animado con su ejemplo y movido por los sentimientos de la época, no solo se mostró Magno en conquistar mucho en poco tiempo, sino en ayudar á la Iglesia.  
Aumentó á lo que dió Pepino, el ducado de Spoletto, Benevento y otras de sus conquistas, reservándose para sí el reino de Lombardia, y engrandeciéndolo con lo demás á la Iglesia.

En comprobación con lo que llevamos escrito dice Ado en su *Cronicón* del año 727: *Pepino donó á los Santos Apóstoles San Pedro y San Pablo, Ravena y toda Pentápolis.*

También se halla en el decreto de Graciano, distinción 63, una constitución de Luis I hijo de Carlo Magno en esta forma: *Yo Luis Emperador Augusto de los Romanos mandé y concedo por esta de nuestra confirmación á Vos San Pedro, Principe de los Apóstoles, y por Vos á vuestro Vicario el Sr. Pascual Pontífice Sumo, y á sus sucesores para siempre en vues-*

tra potestad y dominio, la ciudad de Roma con su ducado, campos, territorios, montes, mares, riberas, puertos, con todas las ciudades, castillos y villas que hay á la parte de Umbria.»

También León Obispo Hortense dice: (*Cronicón libro 1.º capítulo 9.*) El mismo fué el Rey (Pepino) hijo donación á San Pedro y á su Vicario, de las ciudades de Italia y de sus territorios por los confines designados; desde Lunni, con la Isla de Córcega, Cerdeña, Surano, el monte Bardón, la ciudad de Urcel, Parma, Reggio, Mantua, Sicilia y juntamente el Exarcado de Ravena como estuvo antiguamente, con las provincias de Venecia y de Histria, y todo el ducado de Spoletto y Benevento.

El mismo historiador (León) añade (*Libro 3 capítulo 48*) «En el año 1079, la Duquesa Matilde temiendo el ejército del Emperador Enrique, donó á Gregorio Papa y la Iglesia Romana, la provincia de Génova y la Umbria.»

Hasta aquí los antecedentes que hemos podido adquirir del origen de dichos estados sin meternos en averiguaciones de otro género y llevados solamente del deseo de curiosar.

JOSÉ MARTI Y MATA.

La Mina (Cartagena) Noviembre 1889.

## Variedades.

Solución á la charada inserta en el número anterior.

DIVINO

### Charada

Cuando mi prima tres pues soy poeta  
hace acudir en grupo mi memoria  
das prima, montes, ríos y ciudades,  
mis versos son de la Natura copia.  
Mas si todo fatídico á mis ojos  
descarnadas preséntame sus formas,  
entonces con mi lira sólo canto  
judas, tristezas, podredumbre y sombras.

G. S. J.

La solución en el número próximo.

### EL RETRATO DEL TENIENTE

(CUENTO RUSO DECAP)

—Esta vez, primo mío, has perdido el juego—gritaba alegremente y batiendo sus manos una joven rusa, casi una niña, encendida por la animación y jugando á las cartas con un primo suyo, teniente de la guardia imperial.

—¡La alegría me encanta, primita—respondió el joven. De buena gana hubiera perdido sólo por el placer de procurarse. Manda; obedeceré, puesto que estoy á tu disposición.

—Primo, seré clemente, la penitencia dado caso que lo sea, será muy fácil de cumplir, nada molesta; se trata de una idea mía, de un capricho tan pequeño, tan pequeño...

—Vamos, prima, no te molestes; acepto de antemano tu capricho.

—Es que... es más fácil pensarlo que hacerlo, y no sé como expresártelo, mi querido Miguel... tengo unos deseos locos, sí, locos de tener tu retrato en...

—Mi retrato!... Pues si me gusta mucho que con tan poca cosa...

—Déjame acallar... Tu retrato en traje... en traje... tiene gracia, me faltan las palabras... en fin, en traje de mujer... por supuesto, vestida de baile.

—¿Cómo vestirme de mujer... Supongo que te chancasas.

—No, no, Miguel; nada de eso; te hablo en serio. No pienso en otra cosa así y no he. ¿Estarías tan mono, tan guapo vestido de mujer elegante, adornada de joyas y coronas en el cabello!...

—¿Porqué no? Pero... lo siento mucho primita, pero no puedo satisfacer tu capricho. Sería ponerme en ridículo.

—¡Oh! en ridículo... Esa es una gran palabra... No lo sabría nadie.

—Eso creerás. Todo se sabe en San Petersburgo, donde el rufián mata sin piedad, y no tengo interés en ser la chacota de nuestros amigos y la burla de todo el regimiento.

—Me has dado tu palabra, Miguel.

—Sí, pero á traición, con malas artes. Abusando de la situación. Vestirme de mujer.... ¡Jamás!

—¿Es esa tu última palabra?

—Sí. Busca algo que no sea tan fuerte.

—Una idea, Miguel, se me ocurre una idea, una idea luminosa... ¡Si me vistiera yo de teniente!... ¡Tendría tanta gracia!... ¡Oh, sí, sí, formaríamos un pendón originalísimo. No digas que no, primito, pondremos en el decreto á mi doncella.

Al oír la proposición, el joven oficial se echó á reír; primero se negó á aceptarla á poco... hizo lo que debía haber hecho en un principio, cedió: ¿quién puede extrañarlo? Miguel amaba á su prima con un amor entrañable, y no sin angustia pensaba en los obstáculos que le separaban de ella. La joven era muy rica, y decíase que el czar la tenía reservada para casarla con uno de sus más estimados generales.

Al día siguiente, después de enviar las ropas que juzgó necesarias, el buen Miguel se trasladó á casa del peluquero Deljamy, le enteró de todo, y se puso en sus manos, no pudiendo contener un suspiro al sentir que le afeitaba el bigote, un bigote fino y sedoso que durante muchos años había sido una de sus vanidades.

—¡Si al menos me lo agradecerá!—pensó.

Va vestido y disfrazado de mujer, entró en un coche y se hizo llevar á la fotografía del czar á cuya puerta le esperaba en otro coche su prima, vestida no menos graciosamente que él.

De un lado y otro hubo francas risas, cumplidos corteses, enhorabuena y piropos, y pasadas las primeras expansiones, los dos jóvenes empezaron á subir la escalera.

Tocaban la puerta de la fotografía cuando ésta se abrió con estrépito y el czar, el poderoso czar, apareció en el umbral.

La misma cabeza de Medusa no hubiera dejado tan atónitos á los atolondrados jóvenes.

Ella se pegó á la pared; él se puso delante como para protegerla, y sin darse cuenta de lo que hacía, sin pensar en que iba vestido de mujer, se cuadró é hizo el saludo militar.

Quedóseles mirando el emperador, absorto al ver una joven tan elegante y tan enterada de los usos militares, y con rápida voz le preguntó:

—¿Qué significa ese saludo? ¿Quién sois?

—Miguel Lory, teniente de guardias de la emperatriz—respondió el joven temblando.

—¿Y vos?—preguntó con dureza hacia el teniente de caballería.

—Lonia Dourouff, señor.

—¿Y que quiere decir esta mascarada?—continuó el czar con severidad.

—Dígnese oírnos V. M.—contestó Miguel en tono de súplica.—Todo es resultado de una apuesta por la cual vamos mi prima y yo á retratarnos... en este traje.

Al oír esta confesión espontánea, una sonrisa, reprimida inmediatamente, pasó por los

labios del czar que funcionó el entrecejo, apenando más y más á los dos aturdidos. Dulcificando un tanto el acento de su voz, ordenó el czar:

—Cumplid la apuesta, y luego, sin quitáros ni una sola prenda uno y otro, presentaos al coronel de guardias, diciéndole que os someto á lo que él mande.—Y el emperador siguió su camino dejando á Lonía y Miguel petrificados.

—¡Oh, Miguel, Miguel!—decía llorando la joven.—Estamos perdidos. ¿Qué he hecho yo, Dios mío, que he hecho?

—Vamos, primita,—la interrumpió Miguel sacando fuerzas de flaqueza—No hay que tomar así las cosas. No nos han de enviar á la Siberia por tan poco.

Entraron en casa del fotógrafo, se retrataron, y acabado esto volvieron al carruaje, dirigiéndose á casa del coronel de guardias. Lonía lloraba, el teniente fingía una tranquilidad que estaba lejos de sentir.

Llegaron, y cuando se abrió la puerta, el asistente, asombrado de ver una joven tan elegante y decorada, preguntó á Miguel:

—¿A quién anuncio, señoría?

—¿A quién has de anunciar, imbécil? ¿no me conoces? Al teniente Miguel Lory.

Fuera aturdido el asistente, y á poco introdujo á los dos jóvenes en el cuarto del coronel, que á la sazón se hallaba trabajando.

Levantó la cabeza, y viendo á una joven cuando esperaba ver á un teniente se levantó con mucha cortesía.

—Dispensad, señoría, ese idioma de tal asistente me había dicho el nombre de uno de mis oficiales.

—No os ha engañado, mi coronel—dijo Miguel saludando militarmente al veterano como había saludado al czar—mi prima y yo, por una apuesta, hemos ido á retratarnos en este traje, y en la escalera nos hemos encontrado al czar, que nos mandó venir y que nos presentara á vos.

—¿Cómo?—dijo el coronel asustado.—¿Habéis visto al czar?... ¡Y en ese traje!...

Y loco de emoción, el coronel se dejó caer sofocado en una silla. Miguel se lanzó en su socorro, intentó Lonía se calaba del cordón de la campanilla pidiendo socorro.

Acudió la esposa del coronel, que al ver á su marido en brazos de una joven que le hacía fire con su pectúculo, gritó:

—¡Infame!—lanzándose sobre el grupo; mientras venían las hijas del coronel, los criados, los vecinos.

Por fin se explicó todo, volvió en sí el impresionable jefe de la guardia imperial; y vistiéndose apresuradamente se dirigió al palacio de invierno á pedir órdenes al emperador.

La juventud tiene de bueno que no se aparta por nada. Con la coronela y sus hijas, los jóvenes olvidaron lo falso de su situación. Como la noticia había corrido, empezaron á llegar amigos de ambas familias, y todos celebraban la ocurrencia, y fue tal la concur-

rrencia que como el salón era grande y se habían reunido muchos jóvenes se organizó un baile, en el cual eran la pareja más interesante la que formaban el teniente y su prima.

Ella miró á Miguel que nunca con su traje masculino, y él que no podía seguir el compás por los pies se le hundaban entre las piernas y que no estaba acostumbrado.

En lo más empuñado del baile se presentó el coronel en el salón, y el baile cesó, y en mudició el piano, y una sombra de tristeza se extendió por todos los semblantes. El jefe de Miguel sacó un papel del bolsillo, y empezó á leer:

—«De orden de S. M. el emperador de lo